



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La antítesis sarmientina "Civilización-Barbarie" y su percepción coetánea en el Río de la Plata

Autor: Weinberg, Félix

Forma sugerida de citar: Weinberg, F. (1989). La antítesis sarmientina "Civilización-Barbarie" y su percepción coetánea en el Río de la Plata. *Cuadernos Americanos*, 1(13), 97-118.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 13, (enero-febrero de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA ANTITESIS SARMIENTINA “CIVILIZACION-BARBARIE” Y SU PERCEPCION COETANEA EN EL RIO DE LA PLATA

Por Félix WEINBERG
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR,
BAHÍA BLANCA, ARGENTINA

MUCHO SE HA discutido y se discutirá aún acerca del sentido e implicancias de la antítesis civilización-barbarie que propuso Sarmiento en su *Facundo*. No nos proponemos aquí realizar una nueva exégesis de esa histórica formulación. Tan sólo pretendemos recapitular y acotar, brevemente, algunos de sus más importantes elementos, para luego avanzar, sí, en la reconstrucción de cómo fue percibida en su época esa dicotomía.

Para Sarmiento la ciudad era el ámbito que expresaba a la civilización y coexistía con la barbarie asentada en la campaña. “La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea —escribe Sarmiento, y permitasenos algunas pocas citas de páginas suyas bien conocidas—; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos”. La ciudad, agrega, “es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones”.

Por otra parte, “la vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria asoma en los campos argentinos”. La peculiaridad de sus hábitos limita sus necesidades. La explotación pastoril no es la ocupación de sus habitantes sino su medio de subsistencia. La dispersión y aislamiento de la población y el primitivismo en que se desenvuelve su existencia impiden formar sociedad. “La asociación normal de la campaña es la desasociación”, dice Sarmiento. Sin embargo, en el plano político esta población rural desempeñaría un papel importante al vincularse estrechamente al fenómeno del caudillaje, que tanto preocupó a Sarmiento a lo largo de su vida.

No obstante todo ello, distingue —cosa que se olvida con frecuencia— entre la campaña pastoril y la campaña agrícola. Esta

última, aunque restringida en el espacio, y no demasiado alejada de las ciudades, establece en su ámbito relaciones sociales que hacen indispensable un rudimento de villa que les sirva de centro, esto es, que podría considerarse como una etapa embrionaria de urbanización.

Ahora bien, el arcaísmo de las relaciones sociales, el modo primitivo de producción, llevó a Sarmiento a denominar barbarie a las formas de vida de la campaña pastoril impuestas en el desierto pampeano. Esta barbarie no es para Sarmiento sino una forma cultural y no una negación total de civilización —como se ha pretendido muchas veces— aunque a lo largo de su libro juegue con la simplificación de oposiciones. Él mismo lo entiende así cuando escribe que “en la República Argentina se ven a un tiempo, dos civilizaciones distintas en un mismo suelo”. Y esto estaría avalado por su maestro Guizot cuando estudia “el estado de civilización de los pueblos bárbaros” en su *Historia de la civilización en Europa*. Recuérdese que en su origen griego, la palabra bárbaro definía a los pueblos que no hablaban su idioma y presentaban costumbres más rudimentarias que las de ellos, según el Abate Yvon en el tomo segundo de la *Encyclopédie* dirigida por Diderot (1751). Cosa curiosa, en esa *Encyclopédie* que recoge la voz bárbaro, todavía no se incluye la voz civilización, que recién aparece a fines del siglo XVIII.

Para Sarmiento, desde el punto de vista histórico la campaña era el pasado, y la ciudad el presente y el porvenir. La ciudad constituye, en su opinión, “la base de todo desarrollo social”. La urbanización, con Sarmiento, se convierte en ideología, es decir que le asigna un papel histórico en la evolución de la sociedad. Sarmiento sigue los modelos de los países más avanzados de Europa occidental, es decir de los países que estaban consumando la revolución industrial. Hay en *Facundo* una clara concepción burguesa de la sociedad argentina. Téngase en cuenta que para la época no habían otros caminos alternativos. Pero adviértase también que esa concepción burguesa no debe confundirse con los intereses del patriciado urbano o rural. En un reciente libro nuestro (*Las ideas sociales de Sarmiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988) hemos expuesto elementos de juicio que nos llevan a la convicción de que a partir del *Facundo*, y con el transcurso de los años, Sarmiento irá adquiriendo una conciencia cada vez más lúcida como ideólogo de las incipientes clases medias y populares. Tiene una concepción dinámica de los estratos sociales y asigna a las clases medias urbanas el papel preponderante como motor de integración social y desarrollo económico. Así, con este planteamiento, el progreso del país

no era una abstracción ni un mero conjunto de anhelos legítimos: sería el resultado de un proceso profundo que había que orientar para conmovir a la sociedad entera. Todo esto estaría impulsado desde la ciudad porque, como dice José Luis Romero en su *Estudio de la mentalidad burguesa*, ella era "lo activo, la civilización, el fermento operativo, apta precisamente para difundir las formas de vida y las ideas que la burguesía había venido elaborando".

La antítesis civilización-barbarie expuesta en *Facundo* propone explícita e implícitamente temas fundamentales de nuestro desarrollo histórico, y que comenzaron a dilucidarse entre nosotros durante la primera mitad del siglo XIX, como el carácter de la Revolución emancipadora, la organización del Estado nacional, el caudillismo, las guerras civiles, la modernización de la estructura productiva del país, el problema agrario, la inmigración, la colonización, la urbanización, el cambio social, la educación, el desarrollo tecnológico y cultural, la naturaleza y condiciones de los vínculos con Europa, entre otros. Casi podría decirse que toda la problemática vital del país está sugerida en el *Facundo* de Sarmiento. Es un libro que contribuye a descifrar las claves sustanciales de nuestra nacionalidad —empresa virtualmente iniciadora—, aunque pueda no compartirse su interpretación.

El esquematismo de su planteo no sería otra cosa que un propósito deliberado de exponer simplificados, descarnados, nuestros problemas cruciales, entrevistados en perspectiva histórica, para difundir el conocimiento de su envergadura y profundidad. Ya se sabe que años más tarde, en otros trabajos, Sarmiento desarrollaría en forma sistemática la mayor parte de estas cuestiones. De modo, pues, que *Facundo* constituye, por una parte, un diagnóstico profundo de los conflictos del país suscitados por enfrentamientos de dos estilos de vida —el de la sociedad urbana y el de la sociedad pastoral— y sus ideologías consiguientes y, por otra, una proyección hacia el futuro de su concepción de políticas de cambio, superadoras de los conflictos.

Civilización y barbarie, como conceptualizaciones culturales más o menos restringidas, comenzaron a circular en el Río de la Plata desde principios del siglo XIX. Aparecen en el *Telégrafo Mercantil*, en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* y en el *Correo de Comercio*, los tres primeros periódicos que vieron la luz en Buenos Aires en pleno virreinato. Después de la Revolución de Mayo los encontramos en la *Gaceta de Buenos Aires*, el periódico fundado por Mariano Moreno. A partir de entonces podemos seguir los pasos de esos vocablos en casi todos los órganos de prensa que fueron apareciendo en Buenos Aires. En el *Mensajero Argentino*,

de 1827, periódico de tendencia rivadaviana, hallamos por vez primera la dicotomía de civilización-barbarie. En *Otro Periódico* (1831), de los exiliados unitarios en Montevideo, se reitera la antinomia. En los escritos de los románticos también se puede verificar la circulación de esas palabras, de indudable origen iluminista. En este caso el enriquecimiento conceptual hace que se utilicen indistintamente también otros vocablos a los que se asignan significaciones ideológicas semejantes. Ya lo veremos en los análisis críticos de Echeverría de los que nos ocuparemos en seguida.

Alberdi, en 1838, sostiene que el progreso de la sociedad es resultado del enfrentamiento, siempre en lucha, "de la libertad y de la tiranía, del progreso y del *statu quo*, del porvenir y del pasado, de la civilización y de la barbarie".

Como se puede apreciar, la antítesis de civilización-barbarie no era novedosa en el Río de la Plata, ya que hacía tiempo que estaba en el ambiente intelectual.

Todo esto no resta méritos a Sarmiento, quien, con gran agudeza, dilucida por vez primera en su denso y célebre libro el significado sociohistórico de ese antagonismo que bullía en las entrañas del país, y elabora una interpretación original y totalizadora.

A partir de la edición del *Facundo* los vocablos civilización y barbarie se difunden, penetran y generalizan en el léxico utilizado por los exiliados antirrosistas, como puede verificarse en sus publicaciones.

* * *

Nuestro estudio tiene como límite cronológico el año 1852, puesto que la caída del gobierno autoritario de Rosas produce un cambio sustancial en la situación política y, más aún, se cierra un ciclo histórico.

Nos ocuparemos solamente de la repercusión provocada por el *Facundo* en el Río de la Plata, más precisamente en Montevideo, convertida por entonces en un efervescente centro de actividad política y cultural impulsada por uruguayos y por argentinos proscritos. Se advertirá que se excluyen expresamente los escritos producidos en Chile. Recuérdese que Sarmiento habló de una "escuela de hile", para distinguir lo que se había hecho allí de lo que de algún modo sugería rasgos propios y diferenciadores con relación a los trabajos realizados en el Plata.

Como lo hemos sugerido en páginas anteriores, los problemas que plantea Sarmiento en 1845, en el *Facundo*, ya habían sido abordados en el Plata, a partir de 1837, por los iniciadores del

movimiento romántico, aunque estos trabajos no alcanzaron la repercusión pública, nacional e internacional del *Facundo*. Aquí los análisis fueron formulados con enfoques diferentes, aunque el criterio que los informaba resultase prácticamente coincidente.

La búsqueda de explicación de las singularidades de la evolución histórica de nuestros países a partir de la emancipación puso en el primer plano la observación de varias situaciones: 1º, virtual estancamiento del progreso a nivel nacional, 2º, persistencia y generalización de la guerra civil y 3º, instauración de gobiernos autoritarios.

La indagación acerca de las causas y sentido de ese estado de cosas sería precisamente la motivación central de las reflexiones de nuestros románticos, cuyos desciframientos de la realidad argentina fueron elevados al plano doctrinario y expresados con términos que definían antagonismos. Esos términos no siempre eran semejantes, aunque a la postre y en lo fundamental aludían a los mismos fenómenos sociales. Así, desde distintos niveles de análisis, surgen revolución y contrarrevolución, civilización y barbarie, ciudad y campaña, sociedad europea y sociedad americana, tendencia democrática y tendencia retrógrada, ideas nuevas e ideas antiguas. Obsérvese que todas estas antítesis marginan deliberadamente la visión tradicional de pugna entre unitarios y federales, considerada superficial y estéril para explicar la problemática nacional. Importa destacar este esfuerzo consciente para tratar de comprender el país, para pensar su realidad y su historia, y para conjeturar su futuro.

Señalamos ya las coincidencias, más allá de los matices que informa cada autor enrolado en el romanticismo. También hay que subrayar la virtual simultaneidad de estas inquisiciones. Y todo esto no es fruto del azar. Hay una concepción ideológica común, sustentada a partir de la elaboración local del romanticismo social, de decisiva gravitación en los ámbitos intelectuales rioplatenses durante la cuarta y quinta décadas del siglo pasado. No nos detendremos en la indagación de los estímulos ideológicos europeos, tarea ya cumplida por varios estudiosos, puesto que lo que aquí y ahora nos importa, más que la verificación puntual de determinadas influencias, es la comprobación de los resultados que sintetizan las lecturas, las observaciones, las vivencias y las reflexiones, esto es, el grado de identificación con la realidad propia y consiguientemente la nacionalización del pensamiento y las consecuencias que se derivan de ello, es decir, la formulación de propuestas de cambio originales y concretas para la sociedad argentina con vistas a su modernización y desarrollo.

Apelando a un criterio cronológico corresponde ocuparse en pri-

mer lugar de Esteban Echeverría. El iniciador de nuestro romanticismo social afirmó que la Asociación de la Joven Generación Argentina, que él organizó en Buenos Aires en 1838, se propuso, entre otros objetivos, analizar la realidad nacional en toda su complejidad y buscar "la explicación de nuestros fenómenos sociales", teniendo como regla de criterio la tradición revolucionaria de Mayo, cuyos objetivos —según afirma— eran consolidar la emancipación, organizar la democracia y promover el progreso material del país. Mayo significa, para él, una ideología nacional, nueva y progresista.

En el *Código* (después llamado *Dogma socialista*), se hacen algunas precisiones que interesan para una comprensión de sus ideas respecto de la cuestión que estamos examinando. "Las altas miras de la Revolución [de 1810] no fueron solamente derribar el orden social antiguo sino también reedificar otro nuevo" sobre cimientos democráticos, escribió en la duodécima palabra simbólica. Y en la segunda palabra simbólica sostuvo que "progresar es civilizarse o encaminar la acción de todas sus fuerzas al logro de su bienestar".

Al cabo de más de un cuarto de siglo de desencuentros, de anarquía política y de guerras civiles, el país no sólo no había impuesto un rumbo renovador sino desembocado en una dictadura. La reflexión de Echeverría sobre los orígenes de esta situación lo lleva a explicitar algunas tesis originales: 1º En las revoluciones aparecen siempre dos ideas enfrentadas: "la idea estacionaria, que quiere el *statu quo*, y se atiene a las tradiciones del pasado, y la idea reformadora y progresiva; el régimen antiguo y el espíritu moderno". 2º De las entrañas de ese antagonismo nació la contrarrevolución. "La contrarrevolución —dice— no es más que la agonía lenta de un siglo caduco, de las tradiciones retrógradas del antiguo régimen, de unas ideas que tuvieron ya completa vida en la historia". 3º "La contrarrevolución es el triunfo de la idea estacionaria y la represión del espíritu reformador". Y como la idea estacionaria se identifica con la colonia, Rosas resulta ser "el representante del principio colonial de aislamiento retrógrado", que encarna la contrarrevolución y pretende restaurar los intereses predominantes en el viejo régimen.

Estas tesis básicas ofrecían una novedosa perspectiva a los estudios sobre la evolución histórica argentina y una explicación coherente sobre el significado del gobierno autoritario que en esa época sojuzgaba al país. Hasta entonces los habituales cuestionamientos a Rosas por parte de sus adversarios estaban erigidos sobre una visión simplista, que hacía recaer toda la responsabilidad en los caracteres personales negativos que se le atribuían. Echeverría muestra que el problema de fondo de Rosas no era de individuali-

dades sino de sistemas sociales. Y muestra también, consiguientemente, que las facciones políticas en pugna no son meras divisas sino expresiones de fuerzas sociales antagónicas.

Echeverría establece así, en forma implícita, la necesidad de estudiar metódicamente los problemas argentinos sin dejarse llevar por los prejuicios, las apariencias ni por lo coyuntural. Había que ocuparse de las causas profundas, de los hechos sociales, económicos, políticos y culturales que en compleja trama incidían en la vida del país. No creía Echeverría en estudios asepticos y por ello insistió tanto en la necesidad de asumir una concepción ideológica, y no una concepción cualquiera sino democrática, esto es, que tendiera a la democracia.

Unos años más tarde, en 1844, en su disertación *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, se propuso Echeverría ahondar su análisis sobre el pensamiento de Mayo a la luz de los sucesos desarrollados en el país a partir de entonces. La sangrienta guerra civil que dividía a los argentinos era el resultado —dice— "de la colisión necesaria entre la idea de Mayo, progresiva y democrática, y la idea colonial, retrógrada y contrarrevolucionaria".

Todo este marco teórico debió ser tenido en cuenta al elaborar Sarmiento el *Facundo*, puesto que fue correligionario y amigo de Echeverría. Echeverría refleja la visión eminentemente urbana y porteña del problema político-social argentino. Pero esto no es excluyente de una interpretación comprensiva de la generalidad del país. Hay, por lo pronto, una realidad nacional que él asume y también un proyecto para modificar y superar esa realidad. Es muy posible que Sarmiento, a través de su *Facundo*, influyera a su vez en las ideas de Echeverría. Así, en el *Manual de enseñanza moral*, de 1846, señala éste que el habitante de la campaña no posee medios de instrucción ni de adquisición como el de las ciudades, por lo que ha estado condenado por su ignorancia a una inferioridad de condición social. Y esto tenía importantes implicaciones políticas: al estar habituado por tradición a respetar sistemas autoritarios exteriorizaba costumbres, prejuicios y actitudes conservadoras. Por ello la dispersión y el aislamiento de la escasa población rural conspiraba contra toda propuesta de integración y modernización. Los agrupamientos sociales significativos —es decir, los centros urbanos— eran "la condición forzosa de toda civilización y de todo progreso".

Coincidiendo también con Sarmiento, escribía Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*:

Queríamos que la vida social y civilizada saliese de las ciudades capitales, se desparramase por todo el país, tomase asiento en los lugares

y villas, en los distritos y departamentos. Nosotros queríamos que el pueblo pensara y obrase por sí, que se acostumbrara poco a poco a vivir colectivamente, tomar parte en los intereses de su localidad comunes a todos, que palpase allí las ventajas del orden, de la paz y del trabajo común, encaminando a un fin común.

Tenemos aquí sintetizadas las ideas de Echeverría, y que son también las de Sarmiento, acerca de la necesidad de impulsar un proceso de urbanización que acabase con el primitivismo de la sociedad pastoril y la mentalidad que engendra el desierto.

No sólo en los ensayos doctrinarios afronta Echeverría los problemas nacionales. Coherente en su actitud cívica, en sus páginas literarias hay también menciones expresas o sugeridas acerca de las tensiones y antagonismos que sufría el país. Unos pocos ejemplos pueden ilustrar esta toma de posición.

En *La cautiva*, de 1837, por vez primera en el plano literario aparece el desierto y la barbarie que lo singulariza. Dos años más tarde, consumada ya la ruptura definitiva de los jóvenes románticos con Rosas, escribirá Echeverría *El matadero*. En esas vigorosas páginas, enmarcadas en un clima político represivo, se visualiza un mundo suburbano constituido por arrieros, pialadores, carniceros, achuradores, etcétera, todos ellos prolongación y exacerbación de costumbres peculiares del medio rural. A estos exponentes de rusticidad se contraponen en el relato la figura del joven de la ciudad, "patriota ilustrado, amigo de las luces y de la libertad". La tragedia final confronta la barbarie y la civilización —denominaciones que en el texto no figuran—, dos estilos sociales que se repelen.

En el poema "El 25 de Mayo en Montevideo", de 1844, se hace referencia a la lucha entre el tirano que impuso "bárbara esclavitud" y la libertad y su bandera "civilizadora".

Después de la difusión del *Facundo*, Echeverría deja constancia en una nota de su poema "Avellaneda", de 1850, del combate que libra "el principio civilizador y progresivo de la Revolución de Mayo contra las facciones retrógradas y bárbaras que pretenden sofocarlo".

Como se advierte, habría una interrelación entre las ideas de Echeverría y de Sarmiento, anterior a 1845 y que se prolonga en años siguientes.

Correspondería preguntarse ahora ¿cuál fue la opinión de Echeverría sobre el *Facundo*? Está claramente expresada en la *Ojeada retrospectiva*, de 1846, cuando el autor hace una recapitulación de la obra desarrollada en el exilio por los miembros de la Asociación de la Joven Generación formada en Buenos Aires en 1838. Cedamos la palabra a Echeverría:

Los apuntes biográficos de Fray Aldao y la vida de Juan Facundo Quiroga son, en concepto nuestro, lo más completo y original que haya salido de la pluma de los jóvenes proscriptos argentinos. No dudamos que estas obras serán especialmente estimadas en el extranjero por cuanto revelan el mecanismo orgánico de nuestra sociabilidad, y dan la clave para la explicación de nuestros fenómenos sociales, tan incomprensibles en Europa.

El señor Sarmiento descubre además, en la vida de Quiroga, buenas dotes de historiador; sagacidad para rastrear los hechos y percibir su hilación lógica; facultad sintética para abarcarlos, compararlos y deducir sus consecuencias necesarias; método de exposición dramático; estilo animado, pintoresco, lleno de vigor, fresca y novedad; hay, en suma, en esa obra y la sobre Aldao, mucha observación y bellísimos cuadros diseñados con las tintas de la inspiración poética.

Creemos que esta sintética, penetrante y felicísima valoración del *Facundo* virtualmente no ha sido superada hasta hoy.

Hace luego Echeverría una salvedad, que también conviene transcribir textualmente:

Notamos, sin embargo, un vacío en la obra del Sr. Sarmiento sobre Quiroga; la hallamos poco dogmática. Mucho hay en ella que aprender para los espíritus reflexivos, pero hubiéramos deseado que el autor formulase su pensamiento político para el porvenir e hiciese a todos palpables las lecciones que encierra ese bosquejo animado que nos presenta de nuestra historia.

Echeverría entendía, pues, que el *Facundo* era una obra no suficientemente doctrinaria o teorizadora y que al mismo tiempo omitía una formulación programática para lo inmediato. Esta última, como es sabido, será objeto de otro libro de Sarmiento, *Argirópolis* (1850). En cuanto a la primera objeción, dadas las muy peculiares características del *Facundo*, que no se le escapaban a Echeverría, como acabamos de ver, creemos que este "panfleto, poema, historia", que todo esto era al decir del propio Sarmiento, no se avenía, salvo destruyendo el raro equilibrio del conjunto, con un desarrollo particularizado y metódico de los aspectos doctrinarios o dogmáticos. Y que esta observación de Echeverría era materia opinable lo veremos más adelante.

Sea como fuere, años más tarde Sarmiento le escribe a su amigo Echeverría a propósito de varios trabajos suyos posteriores, que en éstos había dogmatizado un poco aludiendo claramente a la objeción al *Facundo* y agrega intencionalmente: "pero poco, porque me guardo para mejores tiempos". La posterior y prolongada trayectoria pública de Sarmiento testimonia su consecuente adhesión a

principios doctrinarios de transformación social, económica y política del país. Y en esto se mantuvo leal a la ideología renovadora que propugnaba el *Dogma socialista* de Echeverría.

* * *

Un destacado publicista uruguayo, Andrés Lamas —una de las figuras mayores del romanticismo en ese país—, comenzó a publicar en 1843 una serie de artículos destinados a estudiar el sistema de Rosas y su influencia política en el territorio oriental. El trabajo, titulado *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino don Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay*, vio la luz en las columnas del diario montevideano *El Nacional* a partir del 18 de junio y concluyó en septiembre del año antes mencionado. Recién en 1849 se editaron estos artículos en un volumen que llevaba igual título al indicado.

Desarrolla Lamas una teoría para explicar el estado de cosas que se vivía por entonces en ambas orillas del Plata. Argentina y Uruguay, escribe, además de estar estrechamente ligadas por la comunidad de origen y de tradiciones, presentaban "una analogía perfecta de formas políticas y de elementos sociales".

Lamas retrata con elocuencia el proceso de cambio irreversible abierto a partir de la Revolución de 1810 en todas las esferas de la sociedad. La independencia —propone Lamas— se fue conquistando "entre tempestades y disturbios de descomposición social". Esto produjo la anarquía, que llevó a una verdadera "guerra social". En las ciudades, donde era preponderante la tradición cultural europea, "la falta de temas sociales bien comprendidos, la exageración natural de los nuevos principios y su inexperta aplicación" dieron origen a los partidos políticos y abrieron el escenario a las luchas de individualidades y a las ambiciones personales, especialmente entre los que eran depositarios de la fuerza armada. En el interior, a su vez, se vio reforzado el "espíritu de localidad" o provincialismo, que tanto puede ser "un instrumento poderoso de mejora y civilización, o de atraso y de barbarie", según la dirección que se le imprima. El estado embrionario de la sociedad, donde los intereses económicos y las instituciones de gobierno no lograron arraigarse suficientemente todavía "por la práctica, por la educación, por el goce de sus beneficios", condujo finalmente a una subversión del orden social. Esta crisis, y la consiguiente situación de violencia que desató, creó nuevos intereses que lastimaron los antiguos, provocando cambios súbitos de posición y fortuna.

A partir de estos supuestos propone Lamas su interpretación de fondo sobre dicho estado de cosas. En los enfrentamientos producidos a partir de la Revolución, dice Lamas, "han intervenido las tendencias enemigas que coexistían en el seno de nuestras sociedades: la tendencia absolutista y retrógrada, emanación de las tradiciones seculares de la colonia, y la tendencia democrática y progresiva de la revolución". Y agrega: "En una de estas dos grandes divisiones históricas se han afiliado, algunas veces sin conocerlo, los diversos bandos que se han disputado el poder...".

Tratando de explicar con algún detenimiento el papel histórico de esos dos partidos, sostiene Lamas que la tendencia democrática se propuso objetivos reformistas demasiado ambiciosos, no concordes con la realidad, y que provocaron reacciones por incompreensión, como expresa aludiendo a la gestión de Rivadavia. La situación se agravó porque "sus reformas chocaron algunos intereses y preocupaciones, aumentando así con auxiliares eventuales la resistencia de la tendencia absolutista". En cuanto a ésta, afirma Lamas que era débil pero capitalizaba "los errores de los liberales y entre el vértigo de la guerra civil su triunfo era imposible porque no podía afirmarse sino sobre las bases coloniales, y estas bases sólo podían restablecerse por la realización de muchos imposibles".

"Los caudillos son hijos de la guerra civil —escribe Lamas más adelante—; ella los engendra y los nutre, y en medio de sus horrores se multiplican". Luego, en la Argentina, logró imponerse el sistema autoritario de Rosas, al que caracteriza de la siguiente manera: "Detuvo materialmente a la civilización que desde las ciudades se derramaba por los campos, para producir la reacción de la barbarie; para hacer invadir a las ciudades... por los restos incultos de las costumbres coloniales". Lamas define a Rosas como "hombre excéntrico al movimiento civilizador" y a este respecto afirma que "el medio único de destruir el poder ominoso de las individualidades es el progreso de la civilización...".

Bueno es conocer también con más precisión qué entendía Lamas por civilización:

Nuestra civilización, nuestra industria actual es un embrión; ella ha de ser el resultado de la civilización, de la industria, de la población extranjera que mezclándose con nosotros, aclimatándose en nuestro suelo, explotándolo, sí, explotándolo, ha de producir cuando nos bastemos a nosotros mismos, cuando rellenemos los desiertos, cuando uniformemos nuestra educación, una civilización y una industria americana.

Hay un aspecto importante en las ideas de Lamas que merece subrayarse. Para él la civilización, si bien está concentrada en los centros urbanos, y desde allí irradia su influencia al escenario rural, coexiste en la propia ciudad con las tradiciones coloniales conservadoras. No habría, pues, en su opinión, exclusiones tipificadas por el determinismo geográfico que, para usar la terminología de Lamas, ubicaría a la tendencia democrática sólo en el ámbito urbano, y a la tendencia retrógrada en el medio rural. Esto, como se verá, es quizá el matiz que más distingue a las ideas de Lamas de las de Sarmiento, aunque haya en definitiva virtuales coincidencias de enfoque y hasta de léxico.

Importa ahora una aclaración cronológica de la mayor entidad. Estos *Apuntes históricos* los escribió y publicó Lamas en Montevideo entre junio y septiembre de 1845, sin conocer el *Facundo*, que precisamente en esos días (mayo y junio de 1845) estaba viendo la luz en las columnas de *El Progreso* de Santiago de Chile. Los primeros ejemplares de *Facundo* editado como libro debieron llegar a Uruguay hacia fines de agosto de ese año, y el diario montevideano *El Nacional* reprodujo el *Facundo* entre octubre de 1845 y febrero de 1846, es decir, después de que Lamas concluyera su trabajo (el capítulo segundo de los *Apuntes históricos*, donde desarrolla su análisis apareció en junio). Quedaría por determinar qué bibliografía teórica y qué fuentes utilizó el ensayista oriental que le llevaron, apelando a estudios serios y criterios científicos, como dice Pablo Blanco Acevedo, a coincidir con las tesis de Sarmiento, ignorando cada uno de ellos lo que estaba escribiendo el otro. Pero esta coincidencia es más amplia aún, porque también comprende a Echeverría. En efecto, en junio de 1845 éste publicó su opúsculo *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, que ya hemos citado. Allí, como se recordará, insistió Echeverría en que los problemas de nuestra sociedad eran el reflejo "de la colisión necesaria entre la idea de Mayo, progresiva y democrática, y la idea colonial, retrógrada y contrarrevolucionaria". Nótese la semejanza con las ideas de Lamas. Esto precisamente llevó a Echeverría a dejar constancia en su escrito de que "nadie podrá legítimamente disputarnos la prioridad de esta teoría, único fundamento racional de criterio histórico para nosotros". Y agrega: "Con mucho gusto lo hemos visto reproducido en los interesantísimos *Apuntes* que publica *El Nacional*, obra tan bien pensada como escrita", dice aludiendo al trabajo de Lamas.

En este itinerario de la recepción de las ideas propuestas por el *Facundo* deberían incluirse otros nombres, como el de Bartolomé Mitre, a través de algunos escritos juveniles, y el de Alejan-

dro Magariños Cervantes en sugerentes páginas literarias e históricas. Pero como en rigor de verdad no aportan nuevos elementos críticos para la discusión de la tesis sarmientina, en aras de la brevedad obviamos aquí los detalles.

Para completar el bosquejo que presentamos nos resta indicar las reacciones que suscitó el *Facundo* entre publicistas argentinos exiliados en Montevideo y uruguayos enrolados en los dos partidos protagonistas de la guerra civil en ese país, todos ellos sin mayores vinculaciones con el romanticismo.

* * *

En octubre de 1845, el diario montevideano *El Nacional*, cuya redacción estaba por entonces a cargo de Francisco Agustín Wright, comenzó a publicar el *Facundo* en su folletín, concluyéndolo a principios de febrero de 1846. Wright —un antiguo federal lomo negro, que rompió con Rosas en 1835 al asumir éste el poder con facultades extraordinarias— comentó la llegada a Montevideo del libro de Sarmiento diciendo que trata "con mucha altura el gran debate que la civilización y la barbarie mantienen hoy en el Río de la Plata". Algún tiempo después, al comenzar a reproducir el *Facundo* en su periódico, dejó traslucir sus reticencias: "No aceptamos ni repudiamos los pensamientos ni los hechos de este escrito; lo insertamos simplemente para noticia y entretenimiento de nuestros lectores".

En su viaje a Europa Sarmiento arriba a Montevideo en diciembre de 1845. Su nombre ya era bien conocido allí, donde el *Facundo* le había granjeado popularidad. Florencio Varela —virtual líder de los contados unitarios supérstites—, se negó a comentar el libro de Sarmiento en su diario *Comercio del Plata* por su disconformidad con las aserciones del *Facundo* y especialmente por las duras críticas que en la obra se hacían al partido unitario. En las entrevistas que tuvieron Varela y Sarmiento cada uno sostuvo sus posiciones. Éste, en su libro *Viajes*, llamó a Varela "el último mohicano de la raza pura de los constitucionales; digno representante de un partido que ha desaparecido hasta el último, por la muerte de los jefes y por la desmoralización del resto...".

También conversó Sarmiento en Montevideo con Valentín Alsina, liberal vinculado a la administración rivadaviana, quien expresó mucho interés en el *Facundo*, aunque tampoco compartía su tesis central. Le prometió a Sarmiento enviarle por escrito sus observaciones a la obra, tarea que por diversos motivos se postergó varios años. Recién en 1850 le hizo llegar casi un centenar de páginas con notas puntuales, que corregían detalles erróneos y aser-

ciones equivocadas, según su punto de vista. Pero más allá de las minucias Alsina sostenía que la lucha entre la civilización y la barbarie, entre las campañas y las ciudades, no tuvo un desenlace fatalista como sugiere Sarmiento. "Ese resultado, escribe Alsina, no se ha debido tanto a un orden dado de cosas, de ideas o sentimientos en las campañas, cuanto a mil acasos y accidentes, a hechos en sí insignificantes, a la ignorancia e inestudio de nuestro estado social, y a multitud de errores políticos y militares". Y entrando en el meollo de la tesis de Sarmiento, dice Alsina:

Para poder sentarse. . . la teoría de usted como doctrina general y segura, sería preciso que en esa lucha obrasen, de un lado, exclusivamente las campañas, y del otro exclusivamente las ciudades; y esto ni ha sucedido ni sucederá jamás. Siempre hubo a favor de las ciudades hombres de las campañas o gauchos, y a favor de las montoneras, hombres y elementos de las ciudades. . .

Estas ideas coinciden con las expuestas por Lamas en 1845, a las que antes nos hemos referido. Agrega Alsina, completando su pensamiento:

¿Quién triunfó?: la campaña; y sobre este dato levanta el edificio de su sistema, atribuyendo el resultado no a las causas que, para producirlo, han venido encadenándose en progresión, sino a ciertas ideas, al poder de la barbarie y a otras. No niego que éstas concurren y coadyuven, pero no son esencialmente determinantes ni principales.

Creemos que la minuciosidad de Alsina ha tomado en sentido literal las reflexiones de Sarmiento, y por lo tanto se le escapaba el trasfondo de su significación.

Hay aún una acotación metodológica, que Alsina expuso de entrada, al comienzo de su extenso trabajo. Le dice a Sarmiento que es "propenso a los *sistemas*; y éstos, en las ciencias sociales como en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ella". Esta observación es exactamente la opuesta a la formulada por Echeverría y que recordamos antes. Para éste el *Facundo* era poco dogmático y ahora Alsina señala que peca por exceso de sistema o dogmatismo. Creemos que estas opiniones discordantes reflejan, en la distinta óptica crítica de uno y otro lector, su distinta posición ideológica y consiguientemente la diversidad de sus exigencias políticas.

La observación de la realidad social de Montevideo hizo que Sarmiento anotara en su libro de *Viajes* un fenómeno social de importancia que rectificaba de algún modo sus tajantes afirmacio-

nes del *Facundo*. Montevideo era una ciudad europeizada y en cuanto a la campaña oriental —que no pudo visitar— le atribuyó la subsistencia de hábitos coloniales, aunque percibió que la población criolla dividía sus preferencias políticas indistintamente entre los partidos blanco y colorado, enfrentados en tenaz guerra civil. Los caudillos uruguayos, Oribe por un lado y Rivera por el otro, tenían aliados y sostenedores "adentro y afuera de Montevideo". Esto acercaba a Sarmiento, a su vez, a las reflexiones de Lamas. La ardua cuestión del caudillaje y sus sustentos políticos, en efecto, podía vislumbrarse allí con bastante claridad, dejando a un lado toda simplificación.

Es oportuno consignar que Sarmiento, al preparar la segunda edición del *Facundo*, introdujo ligeras correcciones de detalle en base a las notas de Alsina pero —como dice Alberto Palcos— desechó las observaciones "enderezadas no tanto a rectificar hechos como el criterio histórico que los informa".

* * *

En 1847 tuvo lugar en el Uruguay un episodio polémico poco conocido y sumamente ilustrativo del dualismo civilización y barbarie y sus repercusiones políticas.

En las postrimerías de ese año —más precisamente, entre noviembre y diciembre—, el doctor Manuel Herrera y Obes, prominente figura del llamado Gobierno de la Defensa —se desempeñaba como ministro de gobierno y relaciones exteriores—, publicó una serie de artículos en el periódico montevideano *El Conservador*. El motivo que originó este trabajo fue el enfrentamiento del grupo ilustrado principista de la ciudad —del que Herrera y Obes era figura influyente— con el caudillo oriental Fructuoso Rivera, que acababa de ser desterrado al Brasil. La larga justificación de esa grave medida gubernamental hizo incursionar a Herrera y Obes en las causas que engendran el caudillismo en los países del Plata, y la gravitación social del choque entre los estilos de vida de la ciudad y de la campaña. No es una diatriba contra el general Rivera sino una serena reflexión acerca de las peculiaridades del proceso histórico a partir de la emancipación. Y veremos en esas páginas cuánta influencia tiene la tesis sarmientina, ya clásica por entonces.

Herrera y Obes comienza por reconocer que la sociedad uruguaya estaba dividida en dos bandos que venían disputándose el terreno a lo largo de muchos años "en una lucha de armas, de ideas y de intereses diametralmente opuestos...; que cada uno de esos bandos tiene su carácter propio perfectamente definido, con sus hombres, con sus tendencias y con sus medios de acción propios"

y esto, agrega, "es una cosa demasiado grave para que no proceda de causas muy serias".

Para penetrar en esta ardua realidad, desentrañar sus motivaciones profundas y aun medir sus consecuencias futuras, es necesario —dice Herrera y Obes— "remontarnos más allá del detalle de los acontecimientos, y tomando hombres y sucesos y épocas transitorias en su punto de vista general y abarcar toda la revolución social porque pasamos". Aclarado su método de trabajo, inicia la indagación que se proponía.

Después de la independencia aparecen en los pueblos hispano-americanos dos fuerzas poderosas: "la una se precipita del fondo de los desiertos sobre las ciudades; la otra, de las ciudades a los desiertos". Los hábitos, costumbres y tradiciones hispanas terminaron por chocar con los elementos de la innovación que se introducen con la revolución emancipadora. "Dos principios así opuestos y comunes debieron por fuerza producir idénticos resultados en todas partes, y los han producido".

Profundizando más aún su análisis escribe:

Dentro y fuera de Montevideo están hoy frente a frente los dos elementos de que se compone la sociedad entera de América; están los principios de la tiranía y la barbarie de un lado; están los principios de la libertad y de la civilización del otro. He ahí la América en sus dos altas y generales cuestiones.

Los principios reaccionarios, dice, se encarnan en los caudillos, que encuentran oposición en otros principios:

Se alza la clase civilizada de la América con el principio revolucionario; pero se alza sin caudillo, sin representante exclusivo, porque la civilización no se hace representar por un hombre solo en ninguna parte. Ella se forma de la inteligencia de todos y hace un pacto tácito entre todas las ideas, con todos los hombres que pertenecen a su rango.

Insiste Herrera y Obes en que

las ciudades y las campañas han sido los dos campeones de los dos grandes y contrarios principios de la América: el principio sano de la revolución y el principio dañino de la reacción. . . La ciudad debía llevar su prestigio civilizador a sus hermanos del interior; y sus hermanos llegaban a ella con el prestigio de su fuerza y la imponían. Este orden de cosas —inverso del que debía ser el orden natural— era demasiado serio y alarmante.

Todavía más: para el autor de estos artículos, el principio civilizador estaba apoyado en las ciudades por la parte civilizada

de nuestra sociedad; y el principio bárbaro de reacción colonial estaba sostenido por las masas de las campañas. El principio civilizador estaba representado por las ideas de la revolución, y el otro por los caudillos.

Herrera y Obes aborda asimismo otra arista polémica cuando define a la civilización como una potencia irresistible "que recorre el mundo bajo las formas del comercio, de las artes, de la industria, de los libros, que en todas las cabezas deja una idea, en todos los corazones un interés; que empieza por el bienestar de cada hombre y acaba por la felicidad pública". En otra página afirma que "sólo el amor al orden y al trabajo, la educación industrial, la asociación con el europeo pueden mejorar la condición de nuestro pueblo. Pero desgraciadamente al salir de la ignorancia española, pasa él a las manos de la guerra civil". Remata su pensamiento con una defensa de la influencia europea en estos países, tema tan controvertido desde entonces.

Creemos que en este escrito Herrera y Obes deja traslucir en ciertos tramos un pensamiento iluminista tardío que se corresponde con el de una holgada burguesía que pretende consolidar su poder político. Hay, también, una concepción elitista y aparentemente estática de la vida social, que desconfía y teme a los sectores populares. Para él "el talento, la ilustración y la experiencia" constituyen el capital de las minorías que impulsa y "determina la marcha de la mayoría". No está claro si para Herrera y Obes el progreso económico y cultural habría de promover los cambios necesarios para imponer el estilo de vida de la "civilización" no sólo en el recinto urbano sino en todo el territorio del país disolviendo para siempre el espíritu reaccionario. Y decimos que no está claro porque, por ejemplo, como no explicita el papel que podría desempeñar la educación en ese progreso, no se vislumbra si las mayorías, una vez lograda su inserción activa en la economía moderna y superada su incultura, accederían a la responsabilidad del gobierno. En esto Sarmiento, como Echeverría, tenían claro que la educación constituía una variable de desarrollo y de cambio social, cuyo objetivo era el establecimiento de una sociedad democrática. Para ellos el protagonismo de la élite no era una estación terminal sino una etapa de transición hacia formas ampliadas de participación política.

* *

Pocos días después de concluir la publicación de los artículos de Herrera y Obes, salió a la palestra, para replicarle, un político par-

tidario del general Oribe, caudillo blanco y jefe del campo sitiador del Cerrito, frente a Montevideo. La respuesta estuvo a cargo del doctor Bernardo Prudencio Berro, un prestigioso hombre público que años más tarde, en 1860, fue electo Presidente del Uruguay. El escrito de Berro vio la luz también en forma de artículos en el periódico oribista *El Defensor de la Independencia Americana*, entre diciembre de 1847 y marzo de 1848.

Berro analiza varios tópicos relativos a la cuestión planteada por Herrera y Obes sobre el papel de los caudillos, el carácter de la guerra civil en estos países, la influencia europea, y, como problema de fondo, el de la civilización y barbarie.

Comienza por plantear definiciones de los términos civilización y barbarie. La primera, para él, abraza el desarrollo social e intelectual y consiste en la "suma de conocimientos, de instituciones y de costumbres propios para llenar los altos fines del progreso y de la felicidad de las naciones". Por barbarie entiende "un estado en que no exista ese desarrollo social e intelectual que constituye la civilización, o en que domine un desarrollo contrario a ésta". Creemos que esta definición de barbarie es extrema en cuanto no admite que fuera un estado inferior de desarrollo al de la llamada civilización; por el contrario, sería la negación de todo desarrollo moderno.

Después de traer a colación algunos antecedentes europeos, deduce que la civilización, amalgama de elementos heterogéneos, no se ha desarrollado de modo uniforme en todos los países. Desde su punto de vista expresa que no hay enfrentamiento entre la civilización y la barbarie sino entre el saber, por una parte, y la ignorancia y la preocupación, por otra, lucha inseparable de la existencia de las sociedades humanas. No se puede decir, agrega, que una nación "es bárbara porque reine en ella más que en otra la ignorancia y las preocupaciones. Se dirá que es atrasada, poco culta, pero de ahí no se puede pasar", advierte. Niega también la existencia de movimientos retrógrados hacia la barbarie. Más aún: afirma que la barbarie se ha extinguido hace siglos en los países europeos a partir de la fusión de elementos cristianos, germanos y romanos, que dieron origen a una nueva forma de civilización. Al hacer referencia a América, dice que no corresponde tampoco que se hable de barbarie cuando se hace referencia a los tiempos coloniales.

La lucha de la civilización con la barbarie no existe entre nosotros, afirma, porque todos los elementos intervinientes en las contiendas civiles pertenecen a la civilización, "ora hayan salido de los campos, ora de las ciudades". Para admitir aquellas luchas sería imprescindible, a su modo de ver, que se dieran varios supuestos:

primero, que en ellas apareciese siempre de una parte las campañas, y de la otra las ciudades, combatiendo aquellas por destruir la civilización y sustituirle la barbarie, y estas viceversa porque la barbarie hiciese lugar a la civilización; segundo, que los caudillos y las masas que combatían se dividiesen constantemente de tal forma, que a un lado no hubiese más que hombres salidos de los campos, y al otro de las ciudades, sin confundirse jamás unos con otros; y tercero, que las poblaciones campesinas no sólo se vieses decididamente marchando a hundirse en la barbarie, sino que mediante un poder dominante hubiesen hecho retroceder la sociedad a términos de ser mucho menos civilizada de lo que era antes.

No existen barreras que aislen a las ciudades y al campo puesto que hay en realidad frecuente intercomunicación entre ellas, agrega Berro.

En cuanto a las guerras civiles, dice que fueron protagonizadas en América tanto por hombres provenientes de la ciudad como de la campaña. Esas guerras civiles no eran provocadas por cuestiones ideológicas sino por intereses personales, de grupo o de localidad. No hay luchas por principios políticos o por elementos sociales puestos en antagonismo, sino pasiones subalternas provocadas más bien por la inexperiencia cívica debido al repentino tránsito del régimen absolutista de la colonia al de la libertad a partir de la Revolución, sin transición alguna.

Las revueltas, los desórdenes y las tiranías, afirma Berro, no se han originado en las campañas sino en las ciudades y la mayoría de sus promotores han salido de ellas. Atribuye Berro a la actividad política que se desarrolla en las ciudades, la frecuente exaltación de ánimos, las perturbaciones y las conmociones civiles. Estas conmociones de los centros urbanos arrastraron a las campañas, generalizándose la contienda. Pero la campaña no formaba una facción propia separada, sino que se dividía siguiendo a los bandos en pugna. "Y de esta manera se veían campesinos y hombres de ciudad siguiendo a unos, y campesinos y hombres de ciudad siguiendo a otros". En esto coincide con las apreciaciones de Sarmiento, recogidas en su libro de *Viajes*, hechas en ocasión de su visita a Montevideo, un par de años antes, y que ya señalamos en páginas anteriores.

Pasa en seguida Berro a examinar la situación de la campaña. Niega las suposiciones de que la barbarie sea el signo distintivo de la población campesina y que esta barbarie avance para dominar a la civilización de la ciudad. Dice que, por el contrario, el progreso en la campaña fue más rápido y más firme que el de la ciudad. Desde hace unos veinte años —escribe— se produjo una

amplia subdivisión de la propiedad rural y un importante asentamiento poblacional. Los nuevos propietarios elevaron su nivel de vida, mejoraron sus costumbres y sus expectativas, y se esforzaron por adoptar hábitos de la ciudad. En la campaña —dice— “el impulso de la civilización es vigoroso”. Por lo tanto —insiste Berro en su réplica a Herrera y Obes—, no se puede generalizar la situación social de la población rural de los países hispanoamericanos con las particularidades de la campaña uruguaya.

Admite que en la época colonial el campesino estaba virtualmente marginado y sin posibilidades de salir de la situación de dependencia en que estaba colocado dentro del ordenamiento social hispano: de aquí su indolencia y el arraigo de costumbres rudimentarias y conservadoras. Después de la Revolución se quebraron las compuertas que frenaban la actividad de los hombres de la campaña y sus progresos materiales y culturales conformaron una nueva situación social. El antiguo sometimiento y resignación fue reemplazado por el espíritu de independencia y la aparición de nuevas expectativas. Ese cambio —a su criterio— permitiría armonizar los intereses de los grupos sociales de la ciudad y la campaña sin crear situaciones de predominio de una sobre la otra.

El estudio de Berro, cuyos lineamientos básicos acabamos de sintetizar, es denso y revela buen conocimiento de los problemas que examina. Tal vez sea el estudio más comprensivo y relevante que la temática propuesta por el *Facundo* tuvo en la época de su aparición. Sorprende que, excepto el historiador uruguayo Juan E. Pivel Devoto, nadie se haya ocupado de este trabajo de Berro en su correlación con las ideas de Sarmiento. Conviene aclarar que Berro —miembro de un gobierno aliado de Rosas— no menciona ninguna vez a Sarmiento, pero es obvio que lo tuvo presente a lo largo de su trabajo, y en este sentido es significativo que en varias ocasiones, y sin dar nombres, aluda a las teorías difundidas por los salvajes unitarios...

Con relación a este estudio hay varias puntualizaciones que hacer, sin agotar naturalmente las observaciones que merece. Es cierto que el esquematismo del *Facundo* ofrecía flancos susceptibles de crítica respecto del tajante divorcio que sugiere entre la ciudad y la campaña. Sarmiento habla de barbarie, es decir, de primitivismo cultural en la campaña y la correlación con formas sociales anacrónicas que denomina feudales, cuyo arcaísmo resultaba más fácil impugnar contrastándolo con la dinámica de la moderna cultura urbana. No se puede negar la comunicación y vinculación entre la campaña y la ciudad, pero esto no quita que aquélla, mientras no se produjera un cambio sustancial en su estructura, apareciera como

supérstite de la herencia colonial, y más aún, la campaña gravitaba a través de los intereses de los hacendados y latifundistas afincados en la ciudad y se manifestaba políticamente como fuerza reaccionaria. No es casual que los caudillos, protagonistas de nuestras guerras civiles, tuvieran todos intereses rurales.

Es obvio que la actividad política se desarrollaba exclusivamente en las ciudades, pero esto no implica suponer que los intereses de los grandes propietarios de la campaña no desempeñaran papel alguno en las confrontaciones políticas y en las frecuentes revueltas de la época. Estas conmociones urbanas, coincidimos con Berro, arrastraron muchas veces a la campaña, por acción o por reacción, generalizándose la contienda. Esto es lo que Sarmiento llamaba avance de la barbarie sobre las ciudades. En cuanto a la carencia de un grupo político autónomo representativo de los hacendados de la campaña era precisamente la consecuencia natural del arcaísmo económico-social que la caracterizaba.

Con referencia a la incursión descriptiva de Berro sobre la situación de la campaña conviene una aclaración importante. Él se refiere a la campaña uruguaya y ésta, en esa época, difiere radicalmente de la campaña pampeana o del litoral nuestro. Omite Berro consignar que en la antigua provincia de la Banda Oriental hubo una auténtica revolución agraria ejecutada por Artigas a partir del célebre Reglamento de fomento de la campaña, de 1815, que efectivamente transformó la vida rural en ese territorio.

Una breve digresión tal vez aclare este punto. Artigas fue el primer caudillo rioplatense, es cierto, pero no es el caudillo arquetípico según la imagen forjada por una tradición historiográfica hecha de prejuicios e incomprensiones. Su popularidad en la campaña oriental no obedecía a una actitud paternalista, habitual en los caudillos posteriores, sino a su programa de cambio político-social. Por ello Artigas no es lo mismo que Quiroga ni es lo mismo que Rosas.

La magnitud de los cambios producidos en el territorio oriental se refleja bien en las páginas de Berro cuando habla de "la mudanza operada en los hombres de la campaña y de sus progresos en el camino de la civilización... después que sus habitantes se convirtieron en propietarios territoriales".

Precisamente este tipo de cambio social era uno de los objetivos de Sarmiento cuando se proponía acabar con el latifundio que prevalecía en esta banda occidental del Plata y, a través de la colonización, echar las bases que permitieran conformar una clase media rural. De ahí que la entusiasta descripción que Berro hace del campesino debe referirse entonces al pequeño propietario rural que

resultó de la política artiguista pues los rasgos que le atribuye no se corresponden con los del estanciero latifundista.

Aunque acaso demasiado pormenorizadas, estas pocas precisiones críticas eran imprescindibles para penetrar sin confusiones en el discurso social de Berro. Sea como fuere, su réplica es una página valiosa que invita a la reflexión.

Y esto es lo que Sarmiento quería: que su tesis de *Facundo* no sólo se leyera sino que también se discutiera, porque el debate, aún cargado de pasiones, contribuye a echar luz y a crear una conciencia pública sobre los grandes problemas nacionales y sobre el modo de operar para resolverlos.